

Otros sociólogos creen que los elementos inferiores de que se están llenando los Estados Unidos por la inmigración y el imperialismo, y de los cuales se hayan casi repletos, los hará degenerar y les quitará la inmunidad que hasta ahora han presentado contra el socialismo.

Respecto á la América latina, las opiniones son que si los Estados Unidos se mantienen como colosos para el siglo XXI comenzará por ellos la conquista parcial de nuestra América, hasta que sus necesidades de expansión los haga colocar su bandera en el Cabo de Hornos. Según *Holts* esto será imposible si desarrollan rápidamente su población las naciones hispano-americanas, lo que se cree casi imposible, porque no puede haber inmigración donde hay miseria y no pueden crecer las poblaciones dominadas por el alcoholismo. La miseria está según *Lessen* en el porvenir de todas las naciones latino-americanas, causada por el *canibalismo burocrático* del que me ocuparé en el próximo capítulo.

* * *

De lo expuesto se debe considerar como seguro únicamente la destrucción próxima de los pueblos latino-europeos por el *socialismo*, en cuanto al porvenir de los pueblos latino-americanos, es terrible para casi la totalidad de ellos como se verá más adelante. Dejando á un lado simples opiniones y pavorosas conjeturas, nuestro deber es conocer nuestra situación y procurar escapar á la catástrofe inmensa que amenaza al mundo latino civilizado. Para alcanzar este fin, debemos abandonar ya como estadistas ó como publicistas ó como simples patriotas, esa actitud ruidosa y banal de toreros andaluces, creyendo que España se va á comer al universo con todo y cometas. ¿Cuáles son nuestros elementos serios y políticos para una conducta social y un gobierno salvador de duración indefinida?

Nuestra base de población, con excepción de Chile, Argentina, Uruguay y el Brasil, son masas anónimas, formadas de imperios de castas; no antiguos, modernos, casi de ayer; pues la conquista encontró á los imperios inca y azteca organizados en castas, y el sistema español procuró y logró continuarlas. ¿Qué cosa es una masa popular modelada en las castas?

El hombre *de la casta* solo vive silenciosamente impregnado de su pasado repetido como una lección interminable que nunca acabará de aprender: La labor agrícola inclinándolo al salvaje hacia la tierra donde misteriosamente acoge su bienestar, lo domestica. El horizonte de todo su espíritu lo tiene siempre bajo sus piés, en el surco terroso, y sus manos toman el fruto del trabajo con fatiga, sin avidez y sin pensamiento.

El hombre de la casta, no sabe ni puede saber lo que es un gobierno, no piensa ni puede pensar en hacer la ley, porque está siempre hecha. Todos los bárbaros encuentran el pasado superior al presente y al porvenir, y de

este hecho nace el derecho público y privado de las sociedades de castas extendidas como cordilleras eternas en la bruma de tiempos casi prehistóricos. En semejantes sociedades solo hay un gran policía que persigue á todo el mundo; el recuerdo de *lo que hicieron nuestros padres*. Hay un solo tirano que mientras más viejo es, más opresión produce, y más se hace adorar y se llama: ¡la costumbre! Hay solo una obligación terminante y única para la existencia, copiar exactamente y con la menor inteligencia posible, el día de ayer, como se hizo el día anterior, para así reproducir un cierto día ideal en el pasado, fundamento de la omnipotente tradición.

La casta es un cercado, y dentro de él hay todavía una jaula; la subcasta, y dentro de esta jaula un departamento; la finca rural, y dentro de este departamento un cofre de inanición, la familia. Dentro de tantas rejas é instituciones se aparenta vivir, se hacen ligeros croquis de sufrimientos, se duerme como los presidiarios, sin personalidad, conocido por su número, olvidado como hombre, recordado solamente como pieza de maquinaria. Todo individuo es miembro forzoso y permanente de tal familia, de tal serie, de tal círculo, de tal agujero, de tal fila, de determinada casta. A cada individuo desde que nace, la tradición con su mano helada de cadáver, le señala donde debe poner los piés, la cabeza, las manos, el corazón, los instintos, las miradas, los frios apetitos, y señala la edad para casarse, la mujer, el número de hijos y hasta el modo de enfermarse y ser enterrado.

La institución á que pertenece el individuo de cada casta le da diariamente de comer á hora fija alimentos por supuesto tradicionales, en cantidad invariable señalada desde tiempo inmemorial. La ocupación, el arte, la profesión son hereditarias, transmitidas por herencia como el alcoholismo ó la sífilis. La inteligencia es como una sarna que estorba y que se debe estirpar. Nada se aprende, se nace albañil, pontífice, concubina, adivino, carpintero, noble, rey.

La razón de todo derecho es gramatical, *por el uso* visto á lo largo de esa tiniebla profunda que se llama tiempo inmemorial. La razón única de todo deber es; *así hacían nuestros padres*. La función mental no inventa, no razona en ninguna clase social, no hace más que recordar; la sociedad es como un cuerpo sin más nervios que los estrictamente necesarios para la vida vegetativa, los individuos pueden vivir sin cabeza, como muñecos destrozados que conservan intacto el mecanismo de la cuerda que los mueve.

En esas sociedades los deseos individuales no existen, el equilibrio entre las necesidades animales y las facultades para satisfacerlas es correcto como el movimiento de un péndulo en el vacío que sólo reponen la fatiga de sus frotamientos. En ese medio no se conoce la lucha, ni la ambición, ni la maldad, ni la virtud, ni la justicia; todos los signos de vida se reducen á una vegetación descolorida bajo un sol opaco, tibio, casi frío. Nadie se mueve, ni viaja, ni se expatria, ni huye; el horizonte no es una línea fatídica de grandes dudas, sobre él sólo está la superstición, esa estrella polar de los im-

béciles. Nunca un viento huracanado en la región moral, nunca tempestades capaces de volcar el mar, nunca la cólera popular con su rasero de flamas y sus picas rematadas por cabezas lívidas con ojos saltados por el terror. Nada de corrientes sonoras de pensamientos, de cambios bruscos tónicos ó sedativos en la conciencia pública; nada de luces que deslumbren, de descargas eléctricas que purifiquen, de granizos que apedreen la tierra; nada de truenos que sobresalten, ni de intrigas que inquieten, ni de traiciones que horripilen!

Nada de olas intelectuales levantándose impertinentes sobre abismos insondables, nada de vicios de noche y de hipocresía en la luz, nada de arrugas en los preceptos verbales, ni de desgarraduras en las costumbres, ni de mutilaciones en las formas, ni de quebraduras en las líneas, ni de manchas en la leyendas, ni de sacrilegios en los altares, ni de censuras á los dioses, ni de desprecio á los sacerdotes. Nunca un rasgo de sublime heroísmo, ni de magnífica abnegación, ni de estrujante odio, ni de aplastadoras ambiciones, ni siquiera un crimen, un grito, un *no!*

¡Nada de vida! En el terreno económico la labor agrícola sin ruido, la siembra sin ruido, la cosecha sin ruido, la distribución sin ruido! No hay uno que se quede sin pan y que se indigne; no hay uno que errante marche porque todas las puertas se le cierran; no hay uno que desnudo con su piel de león en el vientre, prefetice una cena como la de Baltasar, la destrucción de Jerusalem, el incendio de Roma, el fin del mundo! En la indefinida llanura de pensamientos banales y toscos como las papas, no hay una grieta que eche humo, ni un murmullo revolucionario en la religión, en la agricultura, en la sopa, en alguna conciencia. Todo aparece uniforme, gris, inofensivo, afónico, inmóvil como el agua á cero grados. La sociedad de castas se gobierna como los batallones, con signos, con toques: la costumbre como gobierno amarra, sujeta, envilece sin hacer sufrir, nada la refina, pero tampoco nada la destruye. La tradición obra como un capelo que cubre una masa sin gérmenes de corrupción durante millares de años. Cierta es que estas sociedades duran intactas hasta cincuenta siglos, pero cuando terminan, sus individuos son un *bagaso* inservible para la civilización.

No se ha dado un sólo caso en que de una sociedad de castas haya podido salir una gran civilización teniendo como alma la libertad. Los grandes restos de castas que han quedado en el mundo sólo sirven para la esclavitud y no es posible trasformarlos sin trasfusión de otra sangre. Europa debe su enorme civilización á que el imperio romano fué siempre militar, nunca de castas y á que los romanos lo formaron disciplinando tribus valientes y salvajes muy enérgicas. La invasión de los bárbaros tampoco fué de naciones de castas. Estas sólo han existido y existen de hecho en Asia, Africa y América latina. Sin pueblo para la democracia esta es imposible, solo los autores teóricos y malos, de constituciones, pudieron pensar que una democracia podía realizarse con los residuos de una sociedad de castas, no sabían

ni lo que eran castas, ni pueblos, ni democracias; aun cuando ya los filósofos europeos habían explicado cuáles eran las condiciones de una democracia.

Las clases directoras de la América latina, tienen las cualidades negativas de los latinos europeos para formar democracias, considerablemente aumentadas por refinamientos clericales y por educación casuística que impide el progreso en ciencia. Tenemos aún menos carácter que los latinos europeos porque entre los españoles y nosotros, se encuentran los criollos domesticados como gorriones para cantar dentro de su jaula siempre que en ella hay bizcocho. Ochenta años de fracasos democráticos, todo el peso de la historia, todo el poder de la lógica, y todo el esfuerzo de los hechos no ha convencido á nuestros vulgos de *sombrero de copa y seda* del valor positivo de las doctrinas jacobinas.

No somos demócratas y creemos lo contrario porque confundimos el *self-governament*: (el gobierno propio) con la *igualdad*. Aborrecemos las aristocracias, detestamos los títulos de *nobleza*, no nos imponen respeto las condecoraciones, nos reímos de todos los escudos heráldicos y aún queremos tutear á todas las autoridades y llevar á tomar *pulque* á todos los *poderes públicos* declarándolos *nuestros hermanos hasta la muerte*. Todo esto muestra que somos hechos para la igualdad y la fraternidad hasta no gustarnos obedecer á nadie, hasta ser anárquicos, pues la anarquía es el estado ideal de la igualdad, ¡nada de autoridad!

Para hacer pólvora negra es indispensable mezclar en determinadas proporciones, carbón, azufre y nitrato de potasa. Si solo tenemos carbón y azufre es imposible con estas materias hacer pólvora, del mismo modo con sólo *igualdad y fraternidad* es imposible hacer democracias.

¿Esperamos de nuestro desarrollo económico, moral é intelectual una democracia hecha á la medida de tan grandes elementos sociales? Ni la riqueza, ni el progreso intelectual y moral hacen la democracia. La democracia necesita de alta moralidad, de determinado progreso intelectual y de un medio físico conveniente. Pero los tres elementos reunidos, progreso material, moral é intelectual, no pueden por sí solos formar una democracia. Y la mejor prueba de ello es Francia. Francia ha sido durante largo tiempo el país más rico, más ilustrado, más moral del mundo y aún al presente está en primera fila. ¿Ha podido Francia acaso hacer una democracia?

El dinero, la moral y la ilustración sirven para hacer á los hombres independientes. Una sociedad muy rica, amante de la justicia, célebre por su ilustración no puede ser servil sino muy altiva; el tipo de una nación de esta clase es Francia. Esta gran nación por su espantoso horror al servilismo, consigue marchar hácia la anarquía cuando quiere ser demócrata, y acaba por horrorizarse también de la anarquía y pedir al fin cualquiera dictadura salvadora. Los pueblos latinos europeos no aman el servilismo pero son impotentes para el *gobierno propio*. Ni la igualdad, ni la fraternidad, ni

la riqueza, ni la moralidad, ni la ilustración, ni el horror al servilismo, ni la superioridad de la raza, son capaces de constituir una democracia cuando falta lo principal, *el carácter democrático en el individuo*. Este cuando no existe se puede formar en cualquier pueblo pero la operación dura mil años como mínimo. Ya lo he dicho un pueblo puede cambiar de conciencia en veinticinco ó treinta años; no puede adquirir un carácter en menos de mil. El desequilibrio funesto de los pueblos latinos, es que en materia de ideas están muy adelantados, en materia de carácter muy atrasados. Un demócrata latino es un esclavo de Roma con la ilustración de Hebert Spencer, cuando habla seduce, cuando ejecuta, horroriza.

En la América latina, sólo en los grupos liberales se encuentra horror al servilismo. Las altas clases clericales aman el servilismo tanto como sus riquezas, y son más serviles aunque con grandes refinamientos de educación que las masas sobrantes de los imperios de castas. El servilismo ante el poder del clero es el fondo práctico de la religión católica. Un católico posee un carácter enteramente opuesto al *carácter democrático*; á menos de ser un católico de *nueva especie* como los católicos anglo-sajones. En nuestras clases profesionales dominan los abogados [ó lo que es lo mismo el espíritu del derecho público romano que ordena el servilismo del individuo al Estado. El derecho romano decía Gladstone, ha sido, es y será el "*Código de los esclavos*." Mientras no se arroje á cualquier basurero el derecho público romano, la juventud dedicada al Derecho no puede servir más que para el profesorado de la esclavitud, y cuando se revuelve el derecho romano con el derecho constitucional norte americano entonces tiene que resultar la demencia ó el embrutecimiento precoz de la juventud estudiosa. Esto no sucede porque nuestros autores y profesores del Derecho Constitucional, lo entienden haciendo el panegirico á *outrance* de todos los principios opuestos norte-americanos, romanos, jacobinos, parlamentarios británicos que sirvieron para hacer nuestra Constitución de 1857. Nuestros tratados de derecho constitucional no son estudios científicos, sino avalanchas de elogiosos *vitores* acompañados de repiques y cohetes para cada absurdo constitucional, con escepción del tratado de "*Derecho Constitucional*" del notable jurisperito oaxaqueño Lic. Ramón Rodríguez, que siquiera emprendió una verdadera crítica constitucional, los demás tratados me parecen *libre bretos de tandas jacobinas* á 25 centavos la entrada.

Si en la América latina tenemos hombres de gran carácter. grandes grupos liberales sin carácter pero que no aman el servilismo, en cambio las masas parecen no existir más que en las plazas de toros. En toda la América latina solo las masas chilenas y el pueblo del Estado de Yucatán (México) tienen carácter suficiente para la política, aunque no el carácter democrático sino el latino liberal expresado por amor á la igualdad, fraternidad, independencia y casi horror á la autoridad.

A la multitud de personas ilustradas de la América latina que valen

mucho más que yo, les suplico me demuestren en qué consisten nuestras democracias ó la posibilidad de llegar á ser demócratas antes de mil años caso de que á ello nos dediquemos. He expuesto hechos y doctrinas y es seguro que se me impugnará con injurias, único material del jacobinismo cuando no tiene á su disposición la guillotina.

Lo único bueno que en política han hecho la mayor parte de las repúblicas hispano-americanas han sido las demoliciones de privilegios, barreras, sistemas y toda clase de tiranías tradicionales. Pero sobre lo demolido sólo han podido fundar la anarquía nuestras instituciones liberales, porque deductiva ó inductivamente sólo para eso pueden servir. Es ya tiempo de no seguir atribuyendo los fracasos á los hombres, pues no es posible en la sociedad suprimir á los hombres si los hombres son malos, hagamos instituciones para hombres malos, si son ineptos, indolentes, indiferentes, hagamos instituciones para una sociedad fría, soñolienta, sin nervios. Vale más no hacer instituciones á la sociedad, sino que ella las haga por medio de la revelación de sus necesidades. Ya *no luchemos por los principios*, luchemos únicamente por nuestras necesidades y si no las tenemos, no luchemos, quedémonos tranquilos sin principios.

Reconozcamos en toda la América latina que no servimos para demócratas, porque descendemos de latinos y de razas de castas; dos componentes que no pueden rendir más que una cosecha sin cotización en el mundo democrático. ¿Para qué servimos? No lo sé; pero hay que buscarlo con empeño. Hagamos el propósito de no imitar las fotografías de los gobiernos extranjeros; somos distintos de todos los pueblos de Europa, de los Estados Unidos, del Asia y de todo el mundo. Tenemos el aspecto de masas asiáticas coronadas con una clase media propietaria de grandes ideas, sólo de ideas, nada de libras esterlinas, todos los grandes gobiernos son *plutocráticos* y con sólo ideas no se hacen plutocracias; nuestras clases altas son amablemente carlistas, más atrasadas todavía, son *pelayistas*; su ideal como gobernante es Pelayo, el ideal de los indígenas es teocrático; es imposible fundir los tres ideales; Pelayo, Robespierre y Xiuhtecuhtli—Tetl, en un dictador ó en una pluralidad de poderes constitucionales. Necesitamos arrojar un fundente que nos unifique en alguna gran verdad política y éste sólo puede ser la inmigración.